**AUBRY**

Su única distracción era la visita semanal a la psicóloga, recorrer las librerías, sentarse a leer en los Jardines Renoir, mirar a los pintores de la Plaza del Tertre cuando no había demasiada aglomeración de gente. A veces iba al Museo del Louvre o a escuchar un concierto de música clásica. Apenas salía de Montmartre. La idea de tener que coger el metro y abrirse paso entre la muchedumbre le angustiaba. En su barrio se sentía seguro y relativamente en paz. Era mediados del mes de agosto y agradeció el calor porque la pierna lesionada le molestaba menos.

Se paró delante de un puesto y miró a la pintora, una pelirroja con gafas de montura dorada vestida con ropa que le daba aire de hippy y que le sentaba bien. Se encontraba ante su caballete trazando líneas de colores que a él no le dijeron nada. No entendía de arte, pero al menos los cuadros antiguos tenían una explicación lógica. *La Gioconda* era una mujer con una sonrisa triste. Luego si los expertos querían hacer interpretaciones simbólicas a él le tenía sin cuidado: era una mujer con una sonrisa triste. En cambio aquellas líneas, puntos, manchas de color, le desconcertaban. La pintora le miró con mucho interés y le sonrió. Él no le devolvió la sonrisa. Ignoró el mensaje que le enviaba. Hacía mucho tiempo que no mantenía relaciones sexuales y las invitaciones explícitas o implícitas no le impresionaban. Aquella chica, por ejemplo, tenía aspecto de ser desinhibida en la cama y probablemente también divertida; pero no estaba dispuesto a enredarse con ella en un juego que no terminaría bien. La última vez había resultado un desastre, la chica en cuestión gritó y a él casi le dio un ataque de nervios. Los gritos femeninos le retrotraían a los peores momentos de su existencia. La violación como arma de guerra le repugnaba profundamente, y lo tenía terminantemente prohibido a su grupo. Ellos eran profesionales bien pagados, no delincuentes. Su orden estricta era dejar en paz a las mujeres a menos que los atacaran directamente, en cuyo caso tendrían que defenderse, y a los niños. En aquella orgía de muerte en que se había convertido Yugoslavia y en todos los lugares donde había estado, había tenido que ver demasiados horrores.

Iba a seguir su camino cuando vio el cuadro. Imposible que fuera obra de la pelirroja. Se quedó parado ante él como si se hubiera convertido en piedra. En la etiqueta figuraba el nombre: *El Ángel Caído*. Creyó que se le iba a parar el corazón. Aquellos ojos grises, aquel rostro. Los conocía. Lo que no entendía era cómo ni quién había podido plasmarlos en el lienzo. No podía ser que después de tantos años volviera a encontrar a aquella joven, casi una niña, representada junto a un ángel de negras alas rotas que tenía sus propios ojos azules. Agradeció que la pintora no se diera cuenta al mirarle.

-Lo quiero –dijo escuetamente.

A la pintora se le iluminó la mirada.

-¿No quiere saber el precio?

-Me da igual. Haga el favor de empaquetarlo y cóbreme.

Ella le dijo una cifra bastante alta. Aubry sacó su cartera y pagó sin mover un músculo. El rostro de la mujer no expresó la sorpresa que le había causado que aquel hombre llevara encima tanto dinero, no lo parecía. Pero él siempre estaba preparado por si en algún momento debía marcharse sin pasar antes por su casa.

-Gracias. Ha hecho una buena compra.

-Lo sé.

Continuó hacia su casa sin mirar atrás. Lo colgó sobre el sofá y se apartó para mirarlo. Volvió a sentir aquella presión en el corazón. ¿Qué conjunción astral había propiciado que ella apareciera de nuevo en su vida para mirarle a través del cuadro? Había ocurrido en mil novecientos noventa y dos en un barrio cualquiera de Sarajevo. Después de eso abandonó Yugoslavia. Anduvo de un lado a otro durante un año más; y finalmente terminó enrolado en la Legión Extranjera. Cinco años más tarde, y tras ser herido en una misión, obtuvo la nacionalidad francesa y legalizó su nuevo nombre.

Trabajó como portero en un exclusivo club nocturno, alojándose en un hotel barato, hasta que se agobió. No le importaba trabajar de noche porque apenas dormía; pero se pasaba las mañanas dando vueltas en la cama hasta que un par de horas después se tenía que levantar. Había días que le costaba mucho esfuerzo practicar ejercicio físico. Así y todo corría, se esmeraba en un gimnasio para mantenerse en forma y nadaba en una piscina cubierta a primera hora, cuando apenas había usuarios. Renunció al empleo cuando le ofrecieron otro más cómodo como chófer y guardaespaldas de una dama de la alta sociedad. Sus obligaciones no le sobrecargaban de trabajo. Ella era una mujer en torno a los ochenta años, enérgica y con una salud de hierro. Debía haber sido muy guapa en su juventud. Apenas hablaba con él más que para decirle dónde quería ir y a qué hora debía pasar a recogerla al salón de belleza o donde quiera que estuviera. El sueldo era mejor que bueno y disponía de su propia habitación en el inmenso palacete de la dama, situado en el distrito octavo de la ciudad, en la orilla derecha del Sena. Fue entonces cuando se decidió a jugar en la Bolsa, pese a no entender de finanzas. Pero de las conversaciones fue deduciendo que si era prudente y tenía suerte, podía obtener ganancias interesantes. Buscó asesoramiento y se puso manos a la obra. Varias operaciones atinadas le hicieron ganar una pequeña fortuna. Su jefa, al enterarse, le animó y le puso en contacto con sus propios agentes. Le gustó la ambición de su fiel y discreto empleado y se propuso apoyarle.

Lo que complicó su idílico trabajo de chófer y guardaespaldas fue la llegada de Sissi, nieta de la dama. Era una chica caprichosa y déspota a la que llegó a odiar visceralmente. Apareció un buen día recién llegada de Suiza y se instaló con su abuela como en su propia casa. Aubry tuvo que llevarla y traerla, soportarla, soportar a algunos de sus amigos y limpiar la limusina de restos de bebida, cocaína y semen; porque Sissi no era muy pudorosa y le bastaba con bajar el cristal opaco que la separaba del sufrido chófer. Era guapa y lo sabía, irresistible, sexy, elegante. Y él le había gustado desde la primera vez que le vio.

Una noche se la encontró en su habitación. Estaba esperándole vestida solo con una camisa de seda blanca, desabrochada, tendida en su cama como una estatua con la cabeza apoyada en una mano.

-Fuera –le dijo escuetamente y con tono neutro.

Sissi rio y se movió. Él se percató de que había tomado algo más que alcohol.

-No puedes echarme de la casa de mi abuela.

-Puedo echarla de mi habitación y es lo que estoy haciendo. Haga el favor de salir.

-Bien. Me voy. Peor para ti.

Se levantó despacio y se acercó a la puerta, rozándole íntimamente al pasar a su lado.

-Tienes un cuerpo enloquecedor, pero no reaccionas. Me pregunto si es por respeto a mi abuela o porque no eres un hombre –le miró con expresión maligna- ¿Sabes lo que te pasaría si le digo a mi abuela que me has violado, eunuco estúpido?

En dos zancadas Aubry estuvo junto a ella, cerró la puerta por dentro con una mano, y con la otra la agarró del pelo, una brillante melena castaña a juego con sus ojos.

-¿Quieres jugar? ¿Esto es lo que te gusta, pequeña puta?

La arrastró por el pelo hasta la cama y la arrojó encima como si fuera un fardo. Las imágenes más brutales revivieron en su mente. Cuando terminó se apartó de ella y la miró. Sissi vio sus ojos se habían convertido en dos piedras grises. Le tendió la camisa para que se la pusiera.

-Y ahora sal de aquí y no vuelvas.

Pese a que intencionadamente le había causado dolor y humillado, ella se abrochó la camisa con sonrisa desvergonzada y pasándose la lengua por los labios hinchados. Una semana más tarde Sissi volvió a Suiza. Aubry tuvo que llevarla al aeropuerto y hacerse cargo de su equipaje. Durante el largo trayecto ninguno de los dos habló Sissi encendió un cigarrillo soplándole el humo a la nuca y le molestó de diversas formas, siempre en silencio. Se miraban a través del retrovisor, ambos ocultos tras gafas oscuras, y ella le sonreía burlonamente.

Sentado a solas por fin en la limusina con las ventanillas abiertas para eliminar el olor a tabaco, Aubry respiró hondo. La odiosa Sissi se había marchado y cuando regresara él ya no estaría. Más operaciones afortunadas incrementaron su capital de tal manera que dejó su trabajo de chófer, agradeciendo sus buenos consejos a la que había sido su mentora. Podía vivir de sus rentas lo más anónimamente posible.

Se trasladó al mismo hotel barato en el que ya se había alojado y buscó en el periódico apartamentos en venta. Quería algo pequeño y viejo que le saliera a buen precio. Finalmente se decidió por una buhardilla de unos sesenta metros y prácticamente desapareció en Montmartre.

**VALENTINA**

El sonido del teléfono la arrancó de un sueño profundo y paralizante. Logró abrir los ojos al tercer intento, y pese a la visión aún distorsionada descolgó el auricular sin tirar el aparato.

-¿Sí? ¿Quién es?

-*¿Valentina? ¿Aún durmiendo? Tengo una buena noticia. Invítame a almorzar y te la cuento.*

-¿Almorzar?

-*Son más de las once. Se te han pegado las sábanas.*

-¡Oh, no! Qué desastre. Sí, claro, te invito. Me doy una ducha rápida y voy para allá.

Se levantó tan rápidamente que se mareó y se tuvo que sentar un momento. El agua la relajó. Se vistió con vaqueros y camiseta de algodón azul, sandalias planas blancas, muy cómodas, y se dejó el pelo suelto tras cepillarlo con más prisa que de costumbre. En la calle hacía calor, era finales de agosto de mil novecientos noventa y nueve. Había llegado a París en enero. Detrás de su sonrisa se escondía un pasado doloroso del que no quería hablar excepto con la doctora Leclercq, que era su psicóloga, y con su mejor amiga, Brigitte. Una por secreto profesional y la otra por amistad leal guardaban estricto silencio. Tras un periplo doloroso y mucha burocracia había obtenido la nacionalidad francesa. Tenía muchas lagunas en sus recuerdos. La doctora Leclercq le había propuesto realizar una terapia con hipnosis para recuperar aquella parcela de su memoria que se resistía a dejar aflorar. En sus sueños se veía en el suelo de una habitación sucia, en una casa destruida. Un hombre uniformado y con el rostro oculto por un pasamontañas la sacaba de allí. Había algo más, pero no lograba verlo. Aquel soldado que presumiblemente iba a matarla le había salvado la vida. Veía unos ojos muy azules tras la abertura del pasamontañas, pero eso no tenía nada de extraordinario. Tampoco recordaba si llevaba insignias o cualquier cosa que identificara a qué ejército pertenecía. Un uniforme de camuflaje, un tipo armado hasta los dientes que no dejaba ver su rostro. Se quitó del cuello una cadena de plata con una medalla católica y se la puso a ella. Le dio agua y la sacó de allí en sus brazos. Un periodista y su cámara que andaban cerca se quedaron paralizados, mirándolos. «Lleváosla con vosotros a un lugar seguro», les dijo en alemán y lo repitió en inglés y francés. «No me grabes». El cámara obedeció, asustado. «Esta chica tiene que salir de este puto sitio, ¿entendéis?». Entendieron. La metieron en su coche y se alejaron. Ella se desmayó. No tenía identificación de ningún tipo, ni un papel suelto con una dirección o un teléfono. Una víctima más de la guerra que ensangrentaba lo que había sido Yugoslavia. Estuvo al borde de la muerte muchas veces. En aquel momento tenía diecisiete años y había sido estudiante de pintura hasta que su mundo estalló en pedazos. Tras su rescate encontró una nueva vida. A principios de enero llegó a París con veinticinco años, un master en Historia del Arte, graduada en Bellas Artes, y estudios de pintura cursados en Italia e Inglaterra. Una artista que se esforzaba para pintar y mantenerse en pie.

Su amiga Brigitte la estaba esperando en la Plaza del Tertre. También era pintora y tenía autorización para ocupar uno de los puestos. Se rió de la impaciencia de Valentina. Solo ante la ensalada y el vaso de vino se decidió a hablar.

-No lo vas a creer. He vendido tu cuadro *El Ángel Caído*.

Valentina se atragantó con la bebida.

-Llegó un tipo y se quedó mirando el cuadro como si le hubieran hipnotizado. Claro, que yo también me quedé hipnotizada con él –Brigitte puso los ojos en blanco- Qué cuerpazo, qué cara. Me subió la temperatura –se echó a reír- Ni siquiera preguntó el precio, dijo que lo quería. Pagó sin mover un músculo y se lo llevó. Si llego a saber que no iba a regatear hubiera pedido más. Aquí tienes –le pasó un sobre a Valentina. Esta lo abrió y se quedó sin respiración.

-¿Todo esto por mi cuadro? No me lo puedo creer. Voy a apartar tu comisión.

Brigitte se había ofrecido a venderle algún cuadro a Valentina de manera discreta. *El Ángel Caído* era el primero.

-Tienes un estilo muy peculiar. El tratamiento de la luz y el color me recuerdan a Leonardo. He hablado con la galería de arte que nos expone a Gilles y a mí y están dispuestos a hablar contigo. Si les gusta tu trabajo, y estoy segura de que lo adorarán, podrían exponer un par de obras y ver cómo funciona. De momento lo tienen todo cerrado hasta final de año, pero ya están organizando los nuevos programas.

-Gracias, Brigitte. Me estás ayudando mucho.

-Estamos en el mismo barco. Eso sí, si aparece el guaperas te recuerdo que tengo derecho de preferencia.

-Claro –Valentina sonrió- Todo para ti. A mí solo me interesa la pintura.

-Y los hombres guapos, supongo.

-No. No tengo ningún interés en ellos, ni guapos ni feos. Estoy muy bien como estoy.

-Vaya. Te deben haber hecho sufrir mucho.

-Eso da igual.

-¡Eh! Somos amigas, puedes hablar conmigo, ya lo sabes. No puedo creer que te hayan partido el corazón, con lo preciosa que eres.

-No me han partido nada, Brigitte. Nunca he tenido novios ni parejas ni me apetece. Quiero estar sola. Tampoco me gustan las chicas, no es por eso. No me apetece tener un hombre cerca de mí. Y ya está.

-Espera, ¿por qué no me lo habías contado? –bajó la voz- No me digas que eres virgen. Me muero.

-¿Por qué te vas a morir? Todas nacemos así. Y como mi cuerpo es mío hago lo que me apetece, que en este caso es no hacer nada. ¿O es que tengo que dar explicaciones?

-No, cariño. Ni a mí ni a nadie. Faltaría más. No te enfades.

-Perdona. No me enfado. Es que no me gusta hablar de esa cuestión. Además, estoy enamorada de…

-De un fantasma, Valentina. Un fantasma que no te permite conocer el amor de verdad.

-No lo entiendes, Brigitte. No es un fantasma, es un hombre real. No puedo dejar de pensar en él. Se me quedó grabado en el corazón.

-¿Y si no vuelves a verlo nunca más? Y aunque le veas, ¿cómo sabrás que es él?

-Sus ojos, Brigitte. Le reconoceré por sus ojos. Y si no vuelvo a verle no querré a otro hombre, nunca –Brigitte suspiró y pidió otro café- Cambiemos de tema, estoy muy contenta con la venta y con la posibilidad de la exposición. Gracias.

Brigitte le apretó una mano cariñosamente. Era de estatura mediana, melena corta rizada y pelirroja, rostro pecoso y ojos castaños. Llevaba gafas de montura dorada y vestía de manera muy informal, compraba sus prendas en una tienda de ropa alternativa y cuando tenía tiempo se las confeccionaba ella misma. Pero le sentaban muy bien, se adaptaban a su personalidad. Como única mejor amiga de Valentina se sentía muy protectora con ella. Ambas compartían el estudio de pintura. «Aquí hay espacio suficiente para las dos», le había dicho sinceramente a la chica solitaria que había conocido en la Plaza del Tertre. Le explicó que se necesitaba un permiso para pintar y vender cuadros en Montmartre; ya no era como cuando la plaza era un lugar abierto a cualquiera que plantara allí su caballete. Pero si le apetecía, de vez en cuando pondría a la venta algún cuadro suyo. Valentina aceptó.

Valentina y Brigitte se hicieron pronto amigas. La simpática pintora era el nexo de unión de la chica solitaria que hablaba un francés académico y con un pasado del que tardó mucho en hablarle, y el mundo parisino. Sin conocerla de nada la llevó a su casa, un apartamento diminuto en el que apenas cabían las dos y le puso un colchón sacado de un contenedor. «Hay que ver lo que tira la gente antes de tiempo». Todos sus muebles eran reciclados, sabía sacar provecho de donde otros veían objetos inservibles. Tras la limpieza y pintura, lucían como nuevos. «Hay una tienda pequeña que me compra los muebles y las lámparas que restauro. Si te apetece ayudarme iremos a medias. No se puede vivir solo de la pintura.» Y Valentina aceptó. Ganarse la vida era difícil y los precios estaban por las nubes. Como también sabía coser, sacaba tiempo para confeccionar ropa que vendía a la tienda donde compraba Brigitte. Era como una hormiga trabajadora y ahorradora. Y aunque agradeció que Brigitte la alojara en su casa («asilo político» lo llamaban en broma) deseaba vivir sola. Seguí sufriendo pesadillas y muchas noches se despertaba gritando, asustando a su amiga.

Tras mucho mirar y descartar encontraron una buhardilla desastrada en una calle estrecha y alejada del bullicio de Montmartre. Parecía que acabara de sufrir un bombardeo. Pero tenía baño, o lo más parecido. Valentina hizo cuentas: si además del alquiler y la fianza contrataba fontanero, electricista y pintor no se lo podía permitir. Lloró de frustración. Brigitte, una vez más, encontró la solución. Un amigo conocía a un amigo, y éste a su vez a otro, los contenedores eran el cofre del tesoro y ella había aprendido a sacar partido de lo que otros tiraban. En un mes los cuarenta y cinco metros quedaron habitables. Valentina invitó a cenar a los voluntarios.

Se levantaba a las seis de la mañana y se acostaba a las doce. Pasaba las mañanas en el estudio y el resto del tiempo cosiendo o restaurando con Brigitte. Se reservaba los domingos para descansar, y visitaba el Louvre el día de entrada gratuita. La noche anterior al día en que celebraba la venta de su cuadro se había quedado trabajando hasta que amaneció, absorbida por las nuevas imágenes que trasladó a su cuaderno de bocetos. Antes de acostarse le pareció ver una figura solitaria sentada en el tejado del edificio de enfrente.